

## 22 maneras de romperme el corazón

Ainhoa Escarti



Image not found.

# Capítulo 1

## 1. La separación

Tras los pasos de fuego

Salió corriendo como si le quemaran los talones, sus pisadas rápidas dejaban cercos de fuego en el asfalto. Huía. Rauda, veloz y sin mirar atrás para evitar convertirse en estatua de sal. Lo peor era que me abandonaba, desertaba de mí. Seguí sus pasos con la mirada, con mis piernas pegadas al suelo, inmovilizado por el desconocimiento y por esa estupidez innata que me había dado la mano toda mi vida. Escapaba de mí y yo me quedé ahí, sin pensar, sin reaccionar.

Las horas pasaron lentas, podía ver cada grano de arena caer. Los minutos se dilataban en el tiempo en una especie de eternidad vacía en la que ni pensaba ni sentía, solo existía, o quizá suponía que existía.

En casa, mientras pasaban las horas, veía todas sus cosas en los mismos sitios de siempre con su simple cotidianidad. Su carrera se asemejaba a una variedad de espejismo, no había sido cierta. La realidad no podían ser esos talones de fuego quemando asfalto para que nuestra distancia fuera aún mayor.

Los granos de arena del reloj siguieron cayendo, la luz se fue apagando y el día concluyó. No pasó mucho, quizá unas horas, y sonó el teléfono, no era ella. No reconocí aquella voz, por lo menos en los primeros minutos. Sentía que me hablaban, pero un zumbido en los oídos me hizo distanciarme de aquel sonido que seguía sin sonarme. Asentí para que imperara el silencio, y colgué.

Nuevamente los granos de arena y el tiempo pasaban en las horas lentas. Llamaron a la puerta con velocidad pero sin violencia. Me costó varios minutos entender que era a mi puerta a la que llamaban y me supuso otros tantos deducir que tenía que ir. Abrí la puerta con cierta parsimonia que acompañaba el ritmo de todo mi ser. No era ella. Me esforcé mucho en ubicar quien era. Me sentía lento, torpe, un tanto estúpido. Poco a poco mi casa dejó de ser mi casa, en una maraña de cosas que salían por la puerta. Apenas habían pasado unas horas, el fuego de sus pisadas llegó a mi casa y convirtió en cenizas todo lo que había sido mío. Tras cerrar la puerta y quedarme medio deshabitado, igual que mi casa, empezaron a

resonar en mi cabeza las palabras, esa cancioncilla casi eterna que ella me repetía constantemente y que nunca supe entender:

- No tienes corazón, no me escuchas, no me entiendes.

Justo en ese momento, algo en mí hacía clic y no me dejaba oír, las palabras seguían saliendo de ella y no podía llegar a escucharlas. Aquella canción siempre tenía las mismas frases, y yo nunca pude escucharlas.

En mis oídos sonaban los ecos de las palabras que nunca pude diferenciar, que se repetían una y otra vez. El tiempo siguió pasando lento, lo cotidiano, la obligación, me acabó azotando en la cara tras un par de noches sin ella. Me di cuenta que no volvería.

Rebusqué en cada rincón de la casa pero no quedaba nada, me senté en el sofá acunado por el recuerdo de tantas noches a la luz de una vela con ella. Comprendí que no tuve corazón suficiente para amarla, en ese momento sentí un desgarramiento justo en el centro del pecho. Me acurrugué en el sofá buscando el resto de algún olor de ella y me quedé dormido rememorando todas las cosas a las que nunca les di importancia.

## 2. La soledad

Álvaro

Paladeaba como si fuera un manjar exquisito aquel Gin Tonic de autor de ese lugar de moda del que todos hablaban. Era encantador, guapo, fornido, varonil, lo sabía y le gustaba. Su seguridad era tan obvia como lo que reclamaban sus zapatos de marca o su camisa hecha a medida. Paladeaba aquel Gin Tonic con sus amigos mientras debatían sobre tal o cual especia, sobre tal o cual aroma, la sutileza...

Sus amigos vieron un par de faldas y aquella noche de sábado cobró sentido. Faldas, piernas. Probablemente no eran modelos pero entraban en todos los cánones de lo que se debía ser. Invitaciones, risitas, frases hechas, tonterías vacuas que seguía por sus amigos. Simplezas triviales entre las que se dejaba llevar, muchas veces hasta el final sin que ni siquiera le apeteciera. Aquel ritual constaba de un ABC muy elemental,

una serie de pasos que uno a uno se iban dando. La sonrisa inquieta, el roce del dedo con una copa, quizá una sutil mordedura de labios, el contacto físico primero suave y leve como el rozar de una caricia en un vaso que podía acabar en el fatalismo de una danza o un roce que podía mostrar de forma bastante obvia que era lo que continuaba.

Ya se habían repartido, como si fuera ganado, cada corderito con su lobito, y ahora el festín. La noche fue avanzando. El primer beso, violento y voraz, determinó como iba a acabar la noche. Él observaba a sus amigos, y se miraba a sí mismo, desde lejos, como si todo eso que estaba aconteciendo no le ocurriera a él, como se mira la vida desde una mampara, como una especie de observatorio.

Uno a uno sus amigos se fueron a sus respectivas casas a finiquitar lo que habían buscado y logrado. Él estaba allí, con ella, por la que no sentía nada, ni siquiera empatía humana. La miraba de vez en cuando re reojo y a veces no tenía la sensación de que fuera una persona. No entendía que estaba haciendo, bueno, sabía exactamente que estaba haciendo, pero no comprendía por qué. No se mentía, no desconocía por qué lo hacía y sabía lo mucho que para él aquello ya carecía de sentido. La desnudó, se desnudó, se besaron, se tocaron y pasaron una media hora, o quizá cuarenta y cinco minutos. Él tenía la sensación de haber cumplido con una función natural como podía ser comer o respirar.

Tumbado en una cama extraña la miraba respirar. No paraba de moverse en la cama, el colchón le ardía. Miraba aquellas paredes mundanas, miraba lo aburrido de un ser normal, repleto de deber ser. No había nada auténtico en aquella habitación, ni siquiera él tumbado junto a ella era de verdad. Se trataba de un espejismo de él mismo, una especie de proyección, una extensión de su naturaleza que le aburría. En cuanto se quedó dormida se vistió y salió de la casa. Una vez fuera de ella respiró aliviado, con una gran sensación de vacío.

Con pasos lentos, casi remolones, acabo llegando a su casa, el único sitio seguro de todo el mundo. Se desnudó, se sentó en el sofá y fantaseó con caricias y besos, con regazos en los que echar la cabeza, con una mano que le acariciaba el pelo, la cara y con alguien lo suficientemente especial como para hacer que una sola caricia le empalmara más que cualquier toda cosa en el mundo. Encendió su teléfono. Uno a uno repasó todos los nombres de su agenda y supo que aquella caricia, que aquel beso, aquel regazo aún estaba por llegar.

### 3. Las mentiras

#### Observando la naturaleza de la adolescencia

A veces la adolescencia llama a tu puerta sin darte cuenta, otras viene de forma abrupta. Pero como todo acontecía en su vida, vino adolescencia, y no pudo ser de otra manera que gota a gota sobre su frente como aquella tortura oriental que desmembró tantas cabezas.

A los diez años empezó a notar su pecho crecer. A los once pezones de mujer. Entre los once y los doce, poco a poco, como se desgrana una granada, sin prisa pero sin pausa el vello empezó a inundarlo todo, sin parar. La catarsis final apareció de la peor de las maneras, ensangrentándolo todo.

Desde los diez años, cuando sintió, se percató de que su pecho crecía y el de sus compañeras de clase no, empezó a suplicar a Dios:

- Por favor no sigas, no continúes, déjame ser niña un poco más.

Tenía el miedo en el cuerpo, no quería seguir, sabía el paso que tenía que dar. Ya había tenido suficiente con una infancia que nunca fue infancia, pero el tiempo pasa y no le da prorroga a nadie.

Fue la primera en su clase en comenzar a ser toda una mujer. Nunca lo aceptó porque no quería, no lo deseaba. Se sentía forzada, violentada. Pero aquello era tan irremediable que por mucho que rogara a Dios acabó sucediendo. Antes de cumplir los doce años, cuando todo estaba ya hecho, dejó de creer en Dios y empezó a leer a Nietzsche.

Desde su sitio vio la normalidad ajena como un tesoro que nunca iba a alcanzar. Risas, salidas, entradas, una extensa y compleja existencia más allá de las paredes del colegio. Ella observaba como si se tratara de algún tipo de antropóloga que hiciera un estudio sobre la adolescencia, la amistad y las relaciones humanas. Pero por mucho que observara ni se asemejaba a vivirlo. Poco a poco las conversaciones se llenaron de cosas que ella no conocía que empezó a fingir que no desconocía. Logró mantener su coartada, que la hacía normal, a base de una serie de historias llenas de credibilidad que no la señalaban como el bicho raro que siempre había sido.

Mientras el tiempo pasaba seguía viviendo en canciones, libros y películas.

En la confortable incomodidad de la indeseada soledad.

Llegaron más cambios y el instituto. Vio la luz el acoso de las normales vidas ajenas chocando contra la suya. Hasta ahora apenas le había importado, fingir era algo simplemente para que la dejaran en paz. En su existencia extraña, mínima, rica, pero hacia adentro permanecía. Con el paso de las nuevas caras y las nuevas gentes, empezó a añorar la posibilidad de todo lo que no iba a tener nunca: las locuras de adolescencia, las risas entre amigas, las miradas furtivas con el sexo contrario, las salidas al cine, las risas entrecortadas, el patético de tener quince años. Ella mentía, observaba a los demás, suponiendo cómo era ser normal. Todas las tardes, cuando llegaba a su casa tras el colegio, la puerta se cerraba irremediabilmente, sin dejarla salir, sin dejarle ver el exterior, encerrada en el secreto que nadie sabía en su vida de libros, canciones y películas.

Para leer completo

[https://play.google.com/store/books/details/Ainhoa\\_Escarti\\_22\\_maneras\\_de\\_romper](https://play.google.com/store/books/details/Ainhoa_Escarti_22_maneras_de_romper)

<http://myBook.to/22maneras>